

ISSN 2007-1620

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 44, No. 44, Vol. III
Enero-Diciembre 2017

Letras



UANL®

EL LENGUAJE LITERARIO SEGÚN IRIS MURDOCH

Alfonso Rangel Guerra
Centro de Estudios Humanísticos

Resumen. La escritora y filósofa irlandesa, Iris Murdoch, desarrolló una larga y profunda reflexión, tanto filosófica como literaria, en torno al lenguaje y sus posibilidades enunciativas. En este artículo se estudiará la concepción de la autora sobre el lenguaje literario a partir de una entrevista realizada por el periodista británico Bryan Magee en 1977.

Palabras clave: lenguaje literario, poética, creación literaria, Iris Murdoch.

EN EL AÑO DE 1982, LA EDITORIAL MEXICANA Fondo de Cultura Económica publicó, traducido al español, el libro de Bryan Magee, *Los hombres detrás de las ideas. Algunos creadores de la filosofía contemporánea*. La edición en inglés fue del año de 1978, con el título: *Men of ideas. Some creators of contemporary Philosophy*. Cómo explica Magee en el prólogo,

el contenido de este libro se originó en una serie de televisión de quince programas que se presentaron por la BBC de Londres, entre los años de 1975 a 1977.

En la entrevista número catorce, Bryan Magee dialoga con Iris Murdoch (1919-1999) sobre filosofía y literatura. Iris Murdoch estudió filosofía en las universidades de Oxford y Cambridge y fue maestra de filosofía en Oxford durante quince años. Más tarde escribió novelas (más de veinte).

A continuación, nos ocuparemos, partiendo de la entrevista que le hace Bryan Magee, de exponer las ideas de Iris Murdoch sobre el lenguaje filosófico y sobre el lenguaje literario. La primera pregunta del entrevistador a Iris Murdoch es: “Cuando, por una parte, está usted escribiendo una novela y, por otra, filosofía, ¿está usted consciente de que éstos son dos tipos de escritos radicalmente diferentes?” (Magee, 1982: 227)

La respuesta es clara y precisa: “Sí, por supuesto” (227). Añade que mientras la filosofía se ocupa de cosas difíciles y complejas, la literatura es una diversión tanto para el que la escribe como para el que la lee. Por otra parte, la filosofía se ocupa particularmente de una cosa y la dedicación del filósofo se aplica esencialmente a responder esa pregunta. Pero la literatura es muy diferente a esto. Ya se dijo que es esencialmente una diversión y debe añadirse otra cosa importante: la literatura, al escribirse, se ocupa de muchas cosas, y esta diversidad es parte del entretenimiento que la caracteriza; pues para mostrar esa diversidad de elementos, la literatura, dice Iris Murdoch, utiliza “innumerables intenciones y encantos” y añade que la literatura nos interesa “en diferentes niveles y formas diferentes”. (279)

A reserva de ocuparnos más delante de esta diversidad de niveles, la literatura suele presentarse con “trucos, magia y artilugios deliberados”. Estos tres elementos implican el desarrollo de habilidades cuyo sentido general remite en cierta forma a manifestar algo aparente que simula o pretende mostrar diversidad de presencias o testimonios de la vida individual y colectiva. De aquí se capacidad de entretenimiento. Pero

mientras la literatura hace muchas cosas, la filosofía hace solo una: explicar o tratar de explicar la respuesta a la pregunta de que se ocupa.

El entrevistador afirma, refiriéndose a las obras filosóficas y literarias de Iris Murdoch, que mientras en las primeras todo se expone con claridad y precisión, en las obras literarias está presente la ambigüedad y la diversidad, contesta la entrevistada que precisamente la escritura literaria es, o debe ser, esencialmente arte. De ahí que pueda decirse que el texto literario responde a un estilo, es decir, se muestra con características que son propias del escritor. O sea que cada escritor alcance a tener su propio estilo, su manera singular de escribir. Por su parte, la expresión filosófica intenta alcanzar condiciones de “inequívocidad” y lo propio del escrito filosófico es alcanzar “claridad, dureza; un estilo austero, desinteresado, franco.”

Y a la pregunta que hace Bryan Magee, responde Murdoch: “El escrito filosófico no es una autoexpresión; implica una eliminación disciplinada de la voz personal. Algunos filósofos conservan una especie de presencia personal en su obra: por ejemplo, Hume y Wittgenstein lo hacen de diferentes formas. No obstante, la filosofía tiene una clara dureza impersonal. Claro está que la literatura comprende también un control de la voz personal y de su transformación”. (279) Y a continuación, Iris Murdoch dice algo muy importante que es necesario analizar, pues afirma: “Incluso se podría establecer una analogía entre la filosofía y la poesía, que es el tipo más difícil de literatura. Ambas comprenden una especial y difícil purificación de los propios enunciados”. (279)

Quizás sea evidente que lo afirmado por Murdoch en relación con la poesía, no se refiere a toda la poesía, sino particularmente a determinados momentos en los que la poesía alcanza la condición suprema de su manifestación esencial; es decir, cuando la poesía alcanza el nivel de expresar lo inefable; es decir, logra expresar aquello que no es posible decir. En estos casos es cuando se presenta la circunstancia a que se refiere Iris

Murdoch; pues dice: “pero hay una especie de autoexpresión que permanece en la literatura, junto con toda la alegría y mistificación del arte”; y, a continuación, expresa claramente lo propio del lenguaje literario: “El literato deja deliberadamente un espacio para que intervenga el lector. El filósofo no debe dejar ningún espacio”. (280) Esto establece, en todo caso, la diferencia entre el lenguaje literario y el lenguaje filosófico.

Esta actitud del literato, dejando abierta la posibilidad de que el lector intervenga, aportando sus propios elementos para incorporarlos a la escritura sólo se da en la expresión literaria, de modo que podría decirse que esta intervención del lector implica, de alguna manera, que lo dicho por el autor literario es como una invitación para que el lector aporte o complemente lo que el propio escritor ha establecido. De esta manera, al hacer posible la intervención del lector en lo dicho por el literato, de alguna manera esto implica que lo aportado por el lector propicie tantas variantes como lectores hay aportando lo propio a lo dicho por el literato.

Esto, sin duda, es parte de la diversión que propicia la lectura de la obra literaria; y al mismo tiempo es parte del juego literario derivado de la misma creación del literato. Aquí entra también otro elemento de los mencionados por Iris Murdoch como componentes de la escritura literaria, o sea la diversidad. Ésta, a su vez es múltiple, pues son muchas las maneras en que se cumple la diversidad del contenido del texto literario. Puede haber diversidad de ámbitos, de escenarios, de explicaciones, de caracteres, de descripciones, de interpretaciones, de implicaciones y otras muchas formas de diversidad, tantas que sería imposible mencionarlas todas.

Pero si la literatura es diversión, importa establecer que esta diversión no es, en sí misma algo insignificante o carente de significación, pues Iris Murdoch establece con claridad que la literatura es un arte. La palabra *arte* tiene varias y diversas significaciones si las nueve musas, en el mundo de la cultura griega indican cada una un arte. Cada una de las artes era una manifestación creadora; pero, además, la palabra *arte* era una

forma de conocimiento, habilidad o técnica, singularmente identificable entre las acciones del hacer humano. Hoy, las artes son expresiones cuyo lenguaje identifican su ámbito de manifestación, constituyéndose como pintura, música, poesía, danza, etc. Y si el arte es una diversión, al mismo tiempo es testimonio de valor superior y aún podría decirse trascendental. Así el arte literario o literatura puede entenderse como una de las expresiones más altas o significativas entre las tareas humanas.

Podría decirse que el arte no progresa, como tampoco lo hace la filosofía, las preguntas filosóficas subsisten porque la filosofía no progresa, como la ciencia. La condición del arte es dar testimonio de la experiencia vital, de modo que en tanto es diversidad, la literatura se manifiesta, en cierto sentido, como si una de sus principales funciones, afirma Murdoch, sea dar forma a lo informe. El mundo, al suceder, es informe, algo inexpresado, algo no dicho pues la vida transcurre como un acontecer de existencias múltiples y diversas, que pareciera no contener una forma expresiva de lo vivo. En consecuencia, la literatura logra expresar, mediante la ficción, la condición de la vida humana, revelada en esa diversidad expresiva, mediante los testimonios que de la propia vida así es capaz de revelar la expresión literaria.

También afirma Murdoch que la literatura, en su mayor parte, es ficción. Así, lo literario al dar forma a lo informe, logra revelar testimonios de la vida humana sin que en ningún momento deje de ser ficción. El que escribe literatura ofrece testimonios de vida que son ficticios y sin embargo verdaderos, el escritor sabe que lo que escribe es una ficción y el lector que lee esa obra, también lo sabe. El que escribe novelas está consciente de que lo que hace es una ilusión; es decir, en este sentido no engaña al lector, pues éste a su vez está consciente de lo que se dice en la novela como ilusión. Pero lo maravilloso de la literatura es que mediante la ficción literaria muestra presencias de vida que son lo esencial, verdaderas. Por eso el novelista da forma a lo informe mostrando condiciones de la

vida humana en esas narraciones ficticias. Así podría decirse que el personaje de Ana Karenina es justamente lo que sería su vida si fuera una persona real.

El diálogo entre el entrevistador y la entrevistada regresa a la confrontación entre filosofía y literatura, Bryan Magee afirma que la filosofía de ninguna manera ofrece ninguna diversión. De alguna manera, esta aseveración propone que la filosofía siempre se ocupa de aclarar que su problema es resolver la pregunta fundamental que la anima.

Por su parte, Iris Murdoch establece que la literatura otorga al lector la posibilidad de entender la vida, es decir, expresándola en su diversidad. Iris Murdoch afirma que el literato opera, de alguna manera, con una mente inconsciente. Esto significa que el literato se deja llevar por esta mente inconsciente, añadiendo que el filósofo también actúa con esta mente inconsciente, de modo que su exposición revela esos elementos a fin de alcanzar la respuesta que busca.

A lo expuesto por el entrevistador sobre el significado del estructuralismo, en el sentido de que no solo necesitamos entender el significado de las palabras que usamos, sino que además es necesario conocer la estructura componente de nuestra lengua, la respuesta de Murdoch es extensa y amplia, y sería prolijo intentar recoger en todo su contenido. Por esto, veremos solamente algunos aspectos de lo dicho por Iris Murdoch. Ella afirma que lo literario y concretamente “las formas literarias son algo profundamente más versátil” (296), que lo dicho por los críticos. Esta riqueza expresiva del lenguaje literario posee una carga interior que remite a contenidos y significaciones más extensas, de modo que la expresión literaria abunda en esta capacidad de manifestaciones significativas derivadas del lenguaje mismo.

También dice Murdoch que “una obra literaria es un objeto extremadamente heterogéneo, que exige una respuesta heterogénea imparcial” (296). Lo heterogéneo de la literatura remite a la diversidad de contenidos a que ya nos hemos referido antes. Sin embargo, es necesario explicar que, por esta

heterogeneidad, la literatura posee varios significados, tantos como elementos diversos contiene. De tal manera, la significación literaria es tan extensa que asume una diversidad de componentes, procedentes de cada contenido significativo. Y refiriéndose a la crítica, Murdoch precisa que el crítico debe ser un polímata, es decir, un erudito, polígrafo, y un sabio que domina varias disciplinas.

Por otra parte, se refiere a la significación de la literatura, extendida en el tiempo y abierta siempre hacia el futuro. Por eso, aunque *La Ilíada* y *La Odisea*, son tan antiguas como el origen de la misma literatura griega, hoy, después de más de veinticinco o treinta siglos que nos separan de ellas, las entendemos cabalmente, sorprendiéndonos no solo la belleza de su contenido sino además la riqueza interpretativa de la vida enfrentada a las condiciones más complejas del hacer humano.

En otra exposición, Iris Murdoch afirma que el arte posee la verdad por lo mismo, siendo la literatura una manifestación artística, posee en el fondo la verdad. Por eso, la literatura al mostrar la vida es esencialmente una exposición de la vida misma como expresión auténtica y significativamente portadora, aun mismo tiempo de la verdad y la belleza. “La belleza en el arte -afirma Murdoch- es la exhibición imaginativa formal de algo verdadero, y la crítica debe permanecer libre, para trabajar en un nivel en el que pueda juzgar la verdad en el arte” (298).

Es importante recordar que Murdoch establece que la inclinación y la capacidad de narrar es propia de la condición humana. Por eso declara esta autora que, en cierto modo, todos somos un poco literatos. Así, contar es parte integral de la naturaleza humana y lo que el literato hace, cuando escribe una narración, utiliza la escritura formal de la narrativa, abriendo lo narrado a esas estructuras formales, constituyentes del lenguaje literario.

Este acontecer narrativo cuenta una historia, y esta historia es formalmente expresiva de aquello que se contiene en la narración misma. Por otra parte, de la creatividad artística literaria se desprende una visión interpretativa de la vida

humana, pues lo narrado se ubica en la forma, cuyo contenido relata y expresa el acontecer de la vida. Iris Murdoch precisa que tanto el literato como el crítico, poseen a un mismo tiempo la capacidad de ver lo que se narra y “lo otro” ¿en qué consiste esta visión? Estimamos que el creador es capaz de ver en la narrativa textual lo que sucede en la vida de los personajes y también tiene capacidad para descubrir que, en lo narrado literariamente, en esa composición, se establece la verdad de la condición humana. Esta capacidad del creador y también del crítico encuentra su significación en el acontecer de la vida narrada, que posee intrínsecamente el valor humano de la narración y paralelamente el significado de ese acontecer humano. Y la belleza radica precisamente en la visión narrativa del creador.

En el diálogo que sostienen el entrevistador y la entrevistada, surgen ideas relacionadas con el lenguaje, en el sentido de preguntar si estas ideas sobre el lenguaje han influido o no en la narrativa de los autores literarios. La novelista precisa que los actuales creadores de la literatura no son tan buenos, como lo fueron los novelistas del siglo XIX y añade: “la relación de un autor con sus personajes revela mucho acerca de su actitud moral, y esta diferencia técnica entre nosotros y los escritores del siglo XIX es un cambio moral difícil de analizar” (299). Es decir, el problema moral sobre la condición humana tiene una naturaleza diferente frente a los novelistas del siglo XIX y los actuales.

Este problema moral, inevitablemente, se ha modificado y en consecuencia influye de manera distinta en la relación de los novelistas con sus personajes. Y de alguna manera, todo esto modifica la visión de la condición humana tiene una naturaleza diferente frente a los novelistas del siglo XIX y los actuales. Este problema moral, inevitablemente, se ha modificado y en consecuencia influye de manera distinta en la relación de los novelistas con sus personajes. Y de alguna manera, todo esto modifica la visión de la condición humana y la conducta de los personajes. Por otra parte, añade Murdoch, en los novelistas del siglo XX existe temor de parecer ingenuo o simple. En este

sentido, se modifica la visión general de la vida y sus principios sustentadores de la conducta. Por otra parte, se ha modificado el valor de la religión y la aparición del psicoanálisis hace más compleja la narrativa humana y, en consecuencia, estas son modificaciones esenciales en la conducta humana y también en la forma de narrarla.

El entrevistador pregunta a Murdoch, cómo se manifiesta en el novelista su relación con el ámbito moral. Iris Murdoch responde: que el lenguaje general revela los problemas de la moral y añade que todo el lenguaje y toda la literatura están impregnados de ésta. En una mera descripción de espacios, surgen en estas descripciones juicios de valor y puesto que el novelista se ocupa de la conducta de seres humanos, la moral surge inevitablemente en el relato literario. Y así el escritor se enfrenta al problema de relatar conductas humanas. Y ante esta circunstancia, tiene dos caminos: o bien se enfrenta a la necesidad de explicar cómo y por qué un personaje actúa de determinada manera, o bien opta por dejar que su personaje actúe por sí mismo, sin intervención aclarativa de su proceder. “El juicio moral del autor -aclara Murdoch- es el aire que respira el lector”. (300) Por eso se concluye fácilmente que: “aquí se puede ver claramente el contraste entre la fantasía ciega y la imaginación visionaria” (300).

La novelista explica claramente dos formas de conducta que revelan al buen escritor, que respeta los ámbitos propios de cada personaje, o el mal escritor, que da cavidad a conductas inadecuadas, sin respetar la actuación que corresponde a cada personaje. De tal manera es evidente que el buen escritor respeta los espacios propios de cada personaje, sin imponerles actitudes o decisiones ajenas a su forma de ser, que va erigiéndose a lo largo de la trama. De ahí que la belleza del relato deriva en gran medida de la verdad “histórica” de cada personaje. Y añade una visión que en sí misma es una belleza constitutiva del relato: “una gran obra de arte le da a uno un sentido de espacio, como si se le hubiese invitado a un gran salón de reflexión” (300). Esta imagen propuesta por Iris Murdoch es sorprendentemente bella

por ser naturalmente certera, pues la gran literatura, al combinar felizmente verdad humana y belleza literaria hace al lector, meditar, juntamente con la obra narrativa, invitar a que la lectura sea un espacio de reflexión.

Y podemos preguntarnos ¿Por qué dar al lector este espacio de reflexión, si se está relatando una historia ficticia? ¿Por qué reflexionar ante una historia narrativa si no se trata de exponer ideas, ni teorías abstractas? La reflexión procede porque el lector conoce al personaje y sabe porque actúa de esa manera; es decir, la reflexión del lector es propiciada por el rumbo del relato, por el giro que surge en la narración; por descubrir que el personaje actúa finalmente de acuerdo. Reflexionar sobre esto permite al lector establecer la lógica del proceso histórico de la narrativa, de manera que esta reflexión permite entender al lector que el personaje, motivo de la reflexión, se explica por sí misma, es decir, como una respuesta humana al acontecer de la historia narrada.

Finalmente, esta reflexión del lector marca la diferencia entre una literatura que solo es un pasatiempo sin mayor efecto en el pensamiento del lector, y otra literatura que propicia la reflexión de la historia narrada, el suceder humano y la posibilidad de valorar actitudes y conductas del personaje literario motivo de la narración. La literatura auténtica, la literatura superior, es la que hace posible que el lector piense por sí mismo el acontecer de la historia narrada; así la literatura, que es ficción literaria se identifica con la veracidad del acontecer humano en la historia narrada, por su valor significativo derivado de la veracidad de este acontecer literario.

En este diálogo se suceden las preguntas, ofreciéndose respuestas precisas y definitivas; el entrevistador, partiendo de la idea de que hay elementos comunes en la filosofía y la literatura, plantea lo siguiente: “Hasta ahora hemos estado hablando de las diferencias entre filosofía y literatura, y creo es importante que las subrayemos; pero también tienen algunas cosas significativas en común, ¿no es así? Por ejemplo: sé, por conversaciones previas que hemos tenido, que usted cree que las nociones de

verdad se encuentran cerca del centro de ambas” (300). A esta pregunta responde Iris Murdoch: que efectivamente la filosofía y la literatura buscan la verdad, que ambas son actividades cognoscitivas, y también explicaciones.

Y añade: “La literatura, como las otras artes, implica exploración, clasificación, discriminación, visión organizada. Claro está que la buena literatura no parece ‘análisis’, porque lo que crea la imaginación es algo sensual, fundido, cosificado, misterioso, ambiguo, particular” (300). Agrega una afirmación más, pues dice que el “arte es un conocimiento en otro modo” (300). Da el ejemplo de Shakespeare, en cuya obra se puede apreciar lo anterior, como ocurre también en una gran novela. Toda exposición discursiva puede criticarse en lo referente a su vocabulario, pero la literatura solo puede ser criticada formalmente, es decir, en su composición, su desarrollo, o desenvolvimiento; pero también puede ser criticada por no ser veraz, por ser mentirosa y explica Murdoch que la fantasía sin contención, puede ser motivo de crítica como algo opuesto a la imaginación, pues fantasía e imaginación discurren o pueden hacerlo de manera a veces semejante prevaleciendo siempre la imaginación sobre la fantasía.

Por otra parte, importa precisar que tanto la filosofía como la literatura, buscan la verdad. Pero la filosofía lo hace expresando ideas abstractas y planteamientos con el propósito de establecer una respuesta precisa sobre los cuestionamientos que establece. Por su parte, la literatura busca la verdad por un camino distinto, pues la narración pretende proponer una circunstancia vital en la que se mueven y desplazan los personajes. Así la narración literaria propone historias creíbles, en las que los personajes actúan y expresan condiciones de vida que pretenden adquirir visos de veracidad, en tanto que muestran actitudes, decisiones y dudas capaces de ser entendidas por el lector como posibilidades reales de existencia.

Bryan Magee pregunta directamente a Iris Murdoch algo referente a la filosofía y la literatura, en el sentido de que esta puede exponer directamente ideas filosóficas, y le pide exponer

su pensamiento al respecto. Iris Murdoch responde: que considera, es difícil que un escritor de novelas se ocupe de exponer lo propio del pensamiento filosófico. Sin embargo, cuando lo hace, presenta estas ideas de manera distinta a como lo hace el pensador filosófico. En estos casos por lo general las ideas filosóficas del novelista se manifiestan de otra manera, y depende esto en buena medida, del acierto con el que el novelista logra expresar contenidos de alcance filosófico y cada caso merecería un análisis capaz de penetrar y derivar de la expresión literaria las ideas filosóficas.

Iris Murdoch añade que: “claro está que los artistas, escribiendo como críticos y teorizando acerca de su propio arte, pueden no ser muy filosóficos “(300), pero “¡pueden ser más interesantes que los filósofos!”(300), y cita el caso de Tolstoi, quien en su libro *¿Qué es el arte?* propone la idea central de que “el buen arte es religioso” y “que el buen arte explica; el concepto de religión a cada generación” (300), confesando que tiene gran simpatía por esta idea, “aun cuando no se presente filosóficamente” (300).

El entrevistador Bryan Magee afirma que no puede evitarse que en lo narrativo se presenten juicios de valor, pues finalmente lo que hace el novelista es asumir, en la expresión literaria juicios de valor. La entrevistada manifiesta su conformidad con esto y añade que la teoría ha llevado a interpretar la obra literaria a través del estructuralismo.

En la última parte de este diálogo, el entrevistador plantea un problema importante. Se pregunta si el sentido imaginativo que mueve la obra literaria presupone que, aunque sea puramente imaginativo, debe responder a la condición presente en todo problema humano, es decir, “debe estar arraigado en alguna especie de aceptación de las cosas como son, e incluso de respeto por las cosas, como son.”

En otras palabras, lo que dice Bryan Magee establece que la imaginación literaria debe entender que el desarrollo de una trama implica respeto a la forma de actuación y a la naturaleza de los actos de los personajes, es decir, la inventiva de la ficción

debe respetar el hacer humano, tal como puede ser en la vida cotidiana. Ante este planteamiento, responde Iris Murdoch: “Los artistas son a menudo revolucionarios, en uno u otro sentido. Pero creo que el buen artista tiene un sentido de la realidad, y podría decirse que entiende ‘cómo son las cosas’ y por qué son” (300). Esta afirmación de Iris Murdoch es importante. Está declarando que en el artista verdadero hay una sabiduría (si así puede llamarse) de la vida; es decir, el artista no desconoce cómo son las respuestas de los personajes a los planteamientos de la vida. Basta con recordar cómo los grandes autores hacen actuar y hablar a sus personajes.

La respuesta de Iris Murdoch continua y añade: “claro está que, en filosofía, el término ‘realidad’ es notoriamente ambiguo, y lo he usado para sugerir que el artista serio mira al mundo y que ve más del mundo” (300). Tal afirmación identifica de alguna manera la fuerza creadora del verdadero escritor literario ¿Qué significa “ver más del mundo”? Este “ver más” explica cómo el artista posee una visión amplia y extensa del acontecer humano; y esta visión es la que permite al novelista verdadero la creación de una vida ficticia pero auténtica. Ver más permite al escritor ubicar a sus personajes en ámbitos más extensos; extensos en el sentido de establecer caracteres, conductas, actitudes, todo de tal manera exhaustiva y completa como para tener capacidad de describir y exponer el ser de cada personaje como si lo conociera tal y como se conoce a un ser humano real y vivo.

De tal manera esta visión es completa, como si hubiera asistido a situaciones derivadas del acontecer mismo de la existencia. Así la visión del novelista le permite introducirse en la vida propia del personaje, mostrando su forma de actuar describiendo su forma de ser, mostrando al personaje en actos de vida humana que no le fueran ajenos, como si esta posibilidad explicativa del acontecer humano derivara de estar viendo al personaje actuando en determinada situación, de modo que la descripción y revelación de sus actos pudiera verlos de manera directa, actuante. Por eso el novelista es, precisamente como un

testigo del hacer humano de cada uno de sus personajes. La respuesta de Iris Murdoch es extensa y sigue añadiendo ideas para exponer lo que piensa: “El gran artista ve las maravillas que oculta la ansiedad egoísta del resto de nosotros” (300). Aquí Iris Murdoch expone que no todo el actuar de nosotros es testimonio externo, pues hay actuaciones cuya motivación se guarda o se esconde. Y lo que dice Murdoch es justamente que incluso eso, lo que no se muestra como motivación de nuestro actuar, también el gran artista es capaz de verlo y revelarlo. “Pero lo que el artista ve no es algo separado y especial, alguna Tierra Metafísica de Nunca Jamás” (300).

Y añade a continuación: “el artista compromete un área muy grande de su personalidad en su trabajo, y él trabaja en el mundo del sentido común, y normalmente lo acepta” (300). Esto último es significativo, pues comprometer una parte importante de la personalidad del artista, significa que en el lenguaje literario al narrar el contenido de su novela, entrega también algo de su misma personalidad, es decir, el novelista deja testimonio de sí mismo en la forma en que narra la vida novelesca, narra en ella su forma de ser, muestra su misma condición humana en la narración; pues sabe que todo esto es parte del sentido común, es decir el sentido de la vida, y como tal lo acepta.

Y concluye Murdoch: “Naturalmente, el arte es comunicación” (300), añadiendo un juicio personal a manera de comentario: “solo un ingenio perverso puede intentar negar esta verdad obvia” (300).

En efecto, el arte es comunicación, es decir, revelación del ser de la vida en su complejidad humana. El arte es comunicación porque transmite significación y testimonio de vida. Añadiendo Murdoch que lo que hace el novelista es “unir la verdad más remota con lo que está más cercano, como debe hacerlo cualquier explorador veraz” (300).

Así, lo expresado por Iris Murdoch deja claro que narrar una novela es algo complejo y difícil, vitalmente poderoso y capaz de perturbarnos la vida como lectores de esta narración, aunque sabemos que la vida novelesca es ficticia, pero al mismo tiempo

veraz. Y todo esto que dice Murdoch del hacer novelesco, es también tarea del crítico que informa, valora y analiza una novela.

Todos estos juicios de Iris Murdoch sobre la creación literaria son comparados por la pensadora con la pintura abstracta. Se refiere a ésta cuándo es arte malo o cuándo sencillamente no es arte y dice:

...la pintura abstracta no es sólo fantasía o provocación deliberada; está conectada con la naturaleza del espacio o del color. El pintor abstracto vive, y sus pinturas se ven en un mundo en el que el color se considera como superficie de objetos, y su conciencia de esto es una parte de su problema. Tales tensiones entre la visión estética y la realidad 'ordinaria' puede dar origen a juicios muy refinados y difíciles. (300)

¿A qué conclusión llegamos después de esta comparación que hace Iris Murdoch entre la literatura y la pintura abstracta? Al menos pueden proponerse dos conclusiones: la primera se referiría a las artes en general, precisando que cada arte responde a una necesidad diferente, relacionada con el valor o los valores representativos y fundamentales de cada arte. La pintura abstracta es una parte del arte pictórico en general, o sea, que aquí se establece un valor que puede ser diferente en otras manifestaciones pictóricas, como pueden ser el retrato, o un grupo de personajes establecidos en un espacio específico y características propias, proponiendo que en cada uno de estos casos el valor o los valores fundamentales son distintos. En el caso de la pintura abstracta Iris Murdoch propone que el valor primordial radica en el color.

Una segunda conclusión se dirige en particular al arte literario, donde hay que identificar cuál es su valor primordial. Por lo expuesto en todo lo que antecede, podría concluirse que el valor primordial de la novela radica sin duda en la concordancia de lo narrado con la verdad derivada del acontecer de la vida. Una tercera conclusión, derivada de la anterior nos

lleva a establecer que el arte malo o inauténtico en la obra literaria narrativa es aquel cuyo contenido no tiene coherencia con la verdad de la vida. Por eso Murdoch, afirma a continuación, que “La literatura está conectada con la forma en que vivimos” (300). De ahí que la verdad de la narración literaria sea el valor superior de la literatura. Y más adelante, a continuación, la pensadora inglesa propone una afirmación referente a la filosofía, estableciendo que:

...algunos filósofos nos dicen que el yo es discontinuo, y algunos escritores exploran esta idea; pero el escrito literario (y la filosofía) se lleva a cabo en un mundo en el que tenemos buenas razones para suponer que el yo es continuo. Claro está que éste no es un alegato a favor de escritos ‘realistas’. Significa que el artista no puede evitar las exigencias de la verdad, y que su decisión acerca de cómo decir la verdad, y que su arte, es la decisión más importante. (300)

Esta afirmación y defensa de un “yo continuo”, lleva a Iris Murdoch a afirmar algo muy significativo para entender que la verdad de la vida es algo que no debe perderse de vista en la narración literaria, estableciendo a continuación algo que es categóricamente importante en la creación literaria y que consiste precisamente, que la tarea fundamental radica en identificar cómo debe configurarse la narración para que lo narrado sea congruente con la verdad de la vida.

La última pregunta de Bryan Magee es fundamental y por eso la transcribimos íntegra:

¿Cree usted que esta aceptación de la realidad implica cualquier cosa de conservador, con ‘c’ minúscula? A lo que me refiero es al tipo de aceptación de las cosas y las personas como son, que puede surgir de un interés profundo, y que está también relacionada con el amor. Cuando menos, por lo que toca a las personas quizás una palabra mejor que ‘conservador’ sería ‘tolerante’. (300)

Como es habitual en las respuestas de Iris Murdoch, ante esta interrogación, son dos las respuestas que propone la novelista inglesa. Veremos cada una de ellas a continuación para concluir este trabajo:

Lo primero que afirma Murdoch es en el sentido de que la tolerancia es un valor que está presente en todos los grandes creadores. Pero añade a continuación que esta afirmación “no puede defenderse”, poniendo como ejemplo el caso de Dante: “¿fue tolerante Dante?” Sin embargo, añade a continuación una afirmación extensa y amplia que abarca a muchos creadores:

...creo que la mayoría de los grandes escritores tiene una visión tranquila y misericordiosa, porque puede ver cuán diferentes son las personas, y por qué son tan diferentes. La tolerancia está relacionada con ser capaz de imaginar centros de realidad que están alejados de uno mismo. Hay un aliento de tolerancia; de generosidad y de bondad inteligente, que brotan de Homero, Shakespeare, y de los grandes novelistas. (300)

Esta respuesta establece una condición en la que participan los grandes creadores. Sin embargo, cobra más importancia por lo que dice a continuación: “el gran artista ve la enorme e interesante colección de lo que es diferente de él mismo, y no representa al mundo a su propia imagen”. (300) Entender que cada individuo es diferente de los demás propicia la pluralidad de presencias humanas en la narrativa novelística. Tal diversidad de personajes en la vida real se repite en el amplio espectro que propone la narrativa literaria.

La segunda respuesta de Murdoch propone algo muy interesante, al afirmar que esta actitud de los grandes creadores puede identificarse como una virtud, pues dice: “creo que este tipo particular de objetividad misericordiosa es la virtud...” (300) ¿Por qué considerar como virtud esta actitud del narrador frente a la diversidad de los seres humanos en la vida real y en la ficción novelesca? Se trata, en el fondo, de respetar esta diversidad como una realidad de la condición humana; es decir,

cada individuo es único en su perfil y en su identificación como ser humano. De ahí la importancia de entender que la verdad de la vida se revela y se refleja en la narración literaria. Y finalmente es una virtud en los grandes creadores abrir la presencia humana en esta diversidad de personajes que revela el acontecer humano como una particular presencia de lo individual. Por eso es una virtud.

Y finalmente, merece mencionarse la última afirmación de Iris Murdoch sobre la importancia de mostrar en la narrativa novelesca la múltiple diversidad de la condición humana pues afirma y concluye Iris Murdoch de esta manera:

“Y es esto lo que el estado totalitario está intentando destruir, cuando persigue el arte” (301). Sin duda, Iris Murdoch se refiere aquí al estado totalitario que fue el de José Stalin en la U.R.S.S., donde se persiguió a los creadores literarios, en cuya obra se mostraba la singularidad de la vida humana, que contradecía la postura dominante en aquel período histórico, que pretendió en su actuación política, establecer una condición humana igualitaria en su condición de ser individuos sometidos a dicho estado totalitario.



Iris Murdoch fue reconocida en su tiempo como la mujer más brillante del Reino Unido, afirmamos que fue, en su tiempo, la mente más brillante del Reino Unido.

Fuentes consultadas

Bibliográficas

Magee, Bryan: *Los hombres detrás de las ideas. Algunos creadores de la filosofía contemporánea*, México: Fondo de Cultura Económica, 1982.